

MANXA

REVISTA DE CREACIÓN LITERARIA



GRUPO LITERARIO «GUADIANA»
CIUDAD REAL

NÚM. XX
2ª ÉPOCA

PRIMAVERA - 2001

ESPAÑA

Colaboran en este número

VERSO

Jerónimo Anaya Flores
Eugenio Arce Lérica
Jerónimo Calero Calero
Ángel Cortés Martínez
Alfredo Díaz de Cerio
Raimundo Escribano
José Fernández Arroyo
Nieves Fernández Rodríguez
Manuel González-Mohíno Espadas
Antonio Gutiérrez González de Mendoza
Damián Manzanares Peco
Luis Martín-Moreno Rodríguez
Manuel Mejía Sánchez-Cambronero
María Luisa Menchón
Presentación Pérez González
Juana Pinés
Julia Rivero López-Serrano
Ángel Romera Valero
Santiago Romero de Ávila
Tadeusz Rózewicz
Matías Sánchez-Carrasco Calabria
Rafael Simarro Fernández de Sevilla
Isabel Villalta

JÓVENES CREADORES

Laura Anguita Montero
Francisca García Camacho
Francisco Pajarón Hornero
Elisabeth Porrero Vozmediano
Diana María Rodrigo Ruiz
David de la Sierra-Llamazares Cejuela

PROSA

Juan Alcocer Sanz
María Domínguez
Carlos Meneses
Ana Moyano
Antonio Muñoz Román

POETA DEL GRUPO GUADIANA

Rafael Simarro Fernández de Sevilla

COMENTARIOS DE LIBROS

Jerónimo Anaya Flores
Víctor Corcoba
Antonio González-Guerrero

CUADRO

DE PORTADA E INTERIORES

Julián Peco

Poesía es anhelo de alcanzar lo imposible, de decir lo inefable. El poeta busca la palabra, el pensamiento,... y habla consigo mismo, con Dios, con las cosas, con los hombres. Y cuando se va, nos deja una como nostalgia de palabras: ¿dónde sus poemas, dónde tus versos, Luis, poeta amigo? Y aguardar — los que quedamos— la voz, tu voz peculiar, con ese acento del Sur, con esa melodía singular que te hacía inconfundible cuando leías litúrgicamente tus cuentos —¡con qué emoción!—, o recitabas los endecasílabos de un soneto:

¡Qué graciosa elegancia cuando pisa,
con su rítmico juego de cintura!

...Se nos ha marchado el poeta Luis Martín-Moreno. Se fue en silencio, sin que nadie se diera cuenta, como no queriendo molestar, no os preocupéis por mí, yo no soy nadie, vosotros sí sois poetas, yo siempre aprendiendo, siempre... Ahora estoy escribiendo... Siempre estaba escribiendo, ¿qué escribes ahora, Luis, ahora que estás

...solo, sin hogar, sin árbol
verde, sin pozo blanco,
sin cielo azul y plácido...?

Pero tú sabes, amigo, que *Manxa* siempre tendrá el eco de tu voz, pues el poeta no acaba de irse nunca, pues, *aunque el tiempo se paró de nuestra esfera*, siempre aparece, Luis, *Ítaca en la lejanía*.

VERSO

MEDITACIÓN

A la memoria de Luis,
que también escribía con pluma.

Sentado en un sillón de cuero,
un hombre solitario escribe,
al tiempo que «¡ay, dolor!» revive
recuerdos mientras moja la pluma en el tintero.

Resbala la esperanza en vano
por ríos de papel: rabiones
que traza con furor la mano,
en tanto que los días mueren en los renglones.

Los dedos se deslizan tiernos,
las sílabas de un verso roto
midiendo, mientras corre hacia la mar la vida.

Mas queda del amor remoto
la llama de la fe encendida
en las páginas mustias de los grises cuadernos.

Jerónimo Anaya Flores

FUGITIVOS

1

Fugitivos en esta noche,
de albos resplandores cercenada,
caminamos sin norte, con la urgencia
de nuestra sed en la mirada.
¡Cuánto azahar pisoteado
por el tiempo febril que nos acoge!
¡Cuánta miel derramada,
sin que sepan los labios resecos
degustar el sabor del silencio
y la paz de una conciencia clara!
Miro a mi alrededor y todo es soledad,
todo es derrota de frentes desterradas.
Hay un pavor de pupilas que buscan
una estrella que les guíe
en el vacío existencial
de cualquier encrucijada.
Yo también debería tener más luz:
un corazón de armiño que no se quejara
y un sentido optimista de la vida
que desterrara el llanto de mis ojos.
Pero aún no he aprendido a ver más allá
de mi tristeza, ni a escuchar el latido,
íntimo y puro, de mi alborada.
Soy fugitivo, como vosotros, pero siento
que mi barro tiene la costumbre de soñar:
me gustaría tener la luna llena
entre mis manos y poder caminar
sobre la cresta de las olas, sin sentir
la decrepitud ni el sonoro silencio de La Parca.

2

Si nuestra conciencia no nos redime,
si somos incapaces de escuchar el lamento
del humano sufrir que nos rodea,
¿dónde encontraremos el mar en calma
que busca nuestro corazón?,
¿adónde huirá el trino y la seda,
la paloma y la fuente del agua más clara?
Intuyo —más que sé— que sólo el grito
de rebeldía no es suficiente

para que la dicha nos acoja en su morada.
Sostengo —firmemente— que el amor une más
que los metales de todas las espadas,
(de ello dan fe los claros manantiales
de los ojos de mi amada).
Creo en el valor redentor de la amistad
y en toda gaviota que sueña
con volar más alto que el resto de la bandada.

3

Intuyo, sostengo, creo...,
por eso me lapidan los eunucos de lo azul
y los bufones que estragan,
pero vosotros —los poetas—
los que aún lleváis la infancia
dentro del corazón; los que sabéis ver
y escuchar el milagro de la palabra,
vosotros —amigos del alma— no sois fugitivos,
sois —como yo— germinales ríos de agua pura
que intentan luchar contra la nada.

Eugenio Arce Lérida

(Segundo premio del VIII certamen nacional de
Poesía de Villarrobledo. Junio, 98)

HOY REDIMO EN MI VERSO A LA MISERIA

Hoy redimo en mi verso a la miseria
y la elevo al estadio de epopeya.
Nadie puede saberse generoso
si no ha reñido un pan con su vecino
—un negro pan de harina de centeno—
para acallar un hambre que, rabiosa,
llegaba hasta los ojos.
Era el pan tan sagrado,
que un pedazo reseco se guardaba
para ronzar después de que el del ható
se hubiera consumido.
El coscurro era a veces el milagro
para aguantar el tiempo
que aún le faltaba al sol para ocultarse,
marcando así el final de la jornada.
Hoy redimo en mi verso a la miseria.
Y exculpo la rudeza
de quienes no pudieron expresarme
su amor de otra manera
que dándome su pan recién reñido.

Jerónimo Calero Calero
(De Huellas)

SONETOA M.^a Carmen Quirós Priego

Tengo serena el alma, como la mar serena,
irisada de luces tempranas, vespertinas,
donde florecen rosas entre agudas espinas,
siendo triste mi gozo, siendo alegre mi pena.

Siento el peso del mundo que a mi sangre envenena;
sin embargo, yo advierto que en mi sangre eliminas,
con tu aliento divino, las terrenas toxinas
que a los hombres destruye, que a los hombres condena.

Tengo el alma preñada de ternura y amores;
mas Contigo quisiera compartir los dolores
de esas nuevas heridas que tu sangre derraman.

Sé que tienes a punto el perdón de tus manos
para todos tus hijos, a la vez mis hermanos:
esos hombres que te odian, esos hombres que te aman.

Ángel Cortés Martínez

SUCEDE LO MISMO QUE EN LOS CUENTOS APRENDIDOS DE NIÑO

Sucede lo mismo que en los cuentos aprendidos de niño.
Sucede que al doblar una esquina
apuesta un día el corazón
por algo parecido al amor
o al milagro.
Sucede que nadie te pregunta
por esa falda nueva
que baña tu cintura
de azul mediterráneo.

Sucede que el silencio envejece
mucho más que el olvido, que las calles
traicionan la memoria, que aquellas preguntas
que te duelen
no las contesta nadie.

Estas cosas suceden, mujer,
mientras pasan los días...

Alfredo Díaz de Cerio
(De *Jardín de arena*)

LOS VIEJOS

Son como sombras. Casi no respiran
el aire que no ven. Y ni siquiera
saben cuándo es amor y primavera.
Casi no viven ya. Casi no miran.

Perdieron el compás y ya no giran
los sueños en su rueda de madera.
Roídos de tristeza hasta por fuera
no se sabe si ríen o suspiran.

Nunca están solos. Suman soledades
y hacen recuento de melancolías
mientras se apaga el sol sobre sus frentes.

(En las plazas de pueblos y ciudades
los hallaréis al borde de los días
sombra de sombras: casi inexistentes...)

Raimundo Escribano
(De *En la crujía del corazón*)

YA ESTUVE AQUÍ, NO SÉ SI EN OTRA VIDA

Ya estuve aquí, no sé si en otra vida,
cuando dejé en el muro de estas casas el roce de mi mano.
Ya he pasado esta fuente y he visto esta glorieta
y ese banco de piedra donde parece que estoy aún sentado.
No sé si es un presente que es un futuro que pasó
o es un ayer que nunca volverá a ser mañana,
o es tal vez un mañana perdido entre recuerdos olvidados.
¿Es acaso el comienzo o es el final
o es el simple presente que simplemente está pasando?
¿Cuál es el punto donde empieza y acaba la rueda de la
vida?
Cada ola que llega, ¿no es la ola eterna
que tercamente viene, retorna y vuelve y vuelve
a morir otra vez hecha espumas sobre la misma playa?
Cada espiga que crece y se mueve en el viento,
¿no es la misma espiga mil veces amasada en otros panes?
¿No somos en esencia la esencia de otros yoes
que a través de los siglos nacieron y murieron?
Siento que soy la síntesis de miles y de miles
de millones de seres o de generaciones
que han vivido estos ámbitos
y han recorrido a ciegas los mismos laberínticos senderos,
con estos mismos pasos
dejando su simiente, como un polvo de vida,
que nace de la muerte y nueva vida crea,
que ya por siempre vive como tierra inmortal.

José Fernández Arroyo
(De *Del tránsito a la noche*)

RECETA DE MUJER (INCOMPLETA)

Ingredientes:

Una persona
Una pizca de feminidad
Un cuarto de constancia
Un litro de discreta belleza
Cien gramos de sonrisas
Una lata de ternura
Tres cucharadas de voluntad
Un caso de valentía
Perejil, aceite y sal.

Elaboración:

Se toma mucho más que una costilla de Adán
bajo el patrón de Eva.
Se macera con lazos y diademas.
Se le añaden cien llantos de muñecas.
Se pone a remojar
sobre una buena base de intenciones
y queda convertida en niña comensal.
Se adereza con collares de risas
y pasos de charol.
Se aliña con modales de reina
y formas de princesa.
Se sazona con un sexto sentido:
El de la intuición.
Se bate con amor en la mezcla de un hombre
y se deja ablandar por la nostalgia
o por el corazón.
Se cuece a fuego lento
para que el tiempo diga
si su piel está tersa.
A veces, se reboza con hijos
o con su más íntima decisión.
Se le deja algún tiempo que hierva
por las noches en vela.
Se presenta a la mesa
con guarnición de hija y enfermera.
A alguna, se le debe reforzar un poco su sabor.
Por eso, se aromatiza toda
con perfume de tareas domésticas,

de cambio de pañales,
de biberones tenues,
de pechos que florecen
o de celos de amor.
Se gratina con las piernas cruzadas
y antes de que se entere se sirve en el salón.
Para beber, se acompaña de lágrimas
o de elixires mágicos.
Se toma sin el pan que le da calorías
y en el "baño María" no gana más calor.
Si el plato te apetece
puedes comerlo a besos.
Besarás a tu madre, a tu novia,
a tu hermana, a tu amiga,
a tu abuela, a tu hija, a tu esposa...
Nada más, nada menos
que a una mujer cualquiera
que mira el mismo cielo
con aires de igualdad.
Es un manjar de fresas con sabor agridulce
y suavidad de miel.
Es un menú de mujer de receta
en una mesa inmensa con el mejor mantel,
receta de una justa esperanza con futuros aromas,
receta de familia,
receta de trabajo,
receta de mujer.

Nieves Fernández Rodríguez

(Galardonada en el certamen de poesía
de Bailén, Jaén, noviembre de 2000)



POEMA

I

He trazado una frontera ante tu forma: NOCHE,
y mi poesía es lejana como un dios nocturno o diurno.

II

El insomnio insidioso. Esa mirada vital de tus ojos.
Los versos. Un río. Un poeta desangrado... El amor.
Ese amor que nos falta de día.
Ese amor que nos nutre de noche.
De repente viene el amor: ahora te amo.
Ahora sabrás que te amo: Te estoy mirando todo mi vida.
Eres el credo y la esencia de la sangre. Eres aún más.
Mi corazón ligeramente ahogado.
Mi pecho lentamente roto.
La infancia como una larga uva ebria de miel:
¡Qué hermosa es nuestra infancia en esta noche cerrada!
Se te acercas, parece que las rosas se vistieron
para alfombrar esta mínima luna,
pero ya sabes que es en esta noche cerrada
donde he sido ausencia tuya nada más:
por eso ahora no me reclames
estos amores de vísperas cortadas de antemano:
Porque nunca la noche fue silencio suficiente para aromar dos corazones.

III

Tú que conoces el hastío interminable
de tomar un cuerpo entre tus dedos maravillados,
y cuando el día y la muerte
se rondan mutuamente en una espiral de odio,
tu corazón se seca la sangre embrutecida en los nichos conyugales,
tú que vienes con tus manos a sembrar la rosa del mundo,
y en cuyo nombre se invocaron secretos insondables:
No intentes desvelar al mundo con la verdad de este momento,
esa melodía donde dos amantes se quedaron dormidos,
donde se anillaron palabras en la superficie de un labio tales como:
"Ahora te quiero así" o "Amor, mundo atrás":
Todo insiste en ser oscuro y se agoniza lentamente en el cansancio.

IV

Tu cuerpo turmalina limado en el coral,
donde la maravillosa tierra nace bajo nuestros pies:

Y sobre el cálido viento en que se baten las alas de la noche,
en la selva dorada que descendió hacia la hermosura intacta,
en el crepúsculo donde cae la embriaguez como una víspera,
hoy declaro mi amor contra el mundo:

Donde tus ojos me inundan
las manos de secretas pupilas,
donde tus labios subieron
por el último eco que rezuma en mis poros,
por esas venas que me traen consigo
el murmullo de las manos templadas,
donde este amor torrencial intuye lo que late sobre tu pecho.

Y helo aquí, ahora, tu cuerpo desatado sobre el mío,
he aquí su órbita inextinguible,
el signo más bello de amor,
como una encrucijada de besos ardiendo,
he aquí la ternura presente
cuando la noche acerca tu voz
como un susurro lejano y lejano,
he aquí tu cuerpo en la noche
como un pájaro o talismán
que apunta al centro de mi alma perdida:

¡Ah! mujer, es que caigo desvanecido
y la sangre ya no es conservada
sobre la violenta luz de las heridas.
¡Ah! mujer, si realmente esta fuera
la ciudad del dolor y del sedante,
todo estaría afirmado en mi alma vacía,
y festejaría con estas palabras el tiempo
y los recuerdos en la palestra,
con la ayuda del cincel y del escarnio
arañaría el saber de nuestros ídolos,
derramaría mi vida sobre el pecado capital
centro de su propia hoguera.

Más el amor duele en la noche como un animal de espanto.

Por eso, cuídame con tus ojos,
suéltame el alma,
santifica mi terreno de besos:
Así viviremos la última forma del dolor,
esta vez sin el corazón en el peligro de las manos
que midieron terriblemente el pulso de una vida.

Manuel González-Mohíno Espadas

ESTA CALLE

Quién pisará esta calle
cuando ya las estrellas cansadas de provocar sueños
apaguen su desdén contra el tapiz de la desesperanza,
y las piedras desnuden su insolencia
sobre la dura faz del último bostezo de la tarde.

Qué corazón temblará junto a qué árbol,
dónde estará creciendo la última hoja
que lánguida y perezosa, ha de crujir
ante el adiós del tiempo
cuando la vida se despida del recuerdo agonizante.

La luz se estrecha ante mis pasos,
la sombra se aproxima entre las nubes
con andares de dama contrariada
y el cielo me abandona.

Nadie puede ya leer mi pensamiento,
ni saber qué locura o qué tristeza
late en el hielo de mis días,
como un domingo tan oscuro y tan perdido
que ciego, amor, me vuelve a tus caricias.

Bien sé que es exacta esta nieve reunida en la mirada,
este llorar y llorar
sobre la clara distancia de cada paso
mientras tiembla la mañana acompañada de sol y de esperanza.

Quién buscará en la palabra esa gloria callada
que me empuja vivísima y valiente
a pronunciarte tras la lluvia de los siglos
en medio de la llaga de mis manos.

Quién inocente y silencioso
despliega su futuro ante mi herida
sombando de redención y preguntas
la pena sucesiva que me embarga,
los pecados que el mundo no perdona.

No sé si faltará la luz en el cristal del cielo,
si el fuego empañará la rama huérfana o el pájaro.
No sé si llegaré a donde el llanto oprime,
si no sabré buscar aquella dulce lluvia,
aquel bosque de lágrimas y miedos.

Siempre es así,
dentro del túnel coinciden la sangre y el espanto,
el breve sí y el aire de tu entraña,
algo, no obstante, me atrasa el calendario
con un extraño gesto de condena.

Pronto, muy pronto,
llegaré hasta la orilla de tus hombros
y a solas con el mundo,
cuando mueran las cosas cotidianas,
extenderé el perdón de mi silencio tenaz y arrepentido
hasta donde la duda cicatriza.

A cada rostro pondré palabras derretidas,
gritos distintos y abrazos inventados,
igual que una venganza masticada,
igual que un aleteo de odio.

Para siempre, ya,
esta calle será un error mañana,
de nuevo una promesa hermosa y triste
surcada por mil brillos y mil gritos,
un extenso dolor que empañe el vuelo
que ha de sobrevivir al agua seca,
definitivamente nómada y cansada.

Antonio Gutiérrez González de Mendoza

AMOR POÉTICO

(A toda amistad que se hace poeta
sintiendo versos de amor)

Hondo poeta hondo del alma,
tarea inefable, mística y noble,
del corazón abierto llama,
que a nada se cierra, llana.

Tuya es la manera vasta
de aquilatar finos los versos,
entre dolor y canciones, libre,
entre sueños y quimeras, brillos,
entre sentires y buenos besos,
entre la Paz y las guerras, lirios.

Tuya la fuente clara y clara
y el bravo corazón blanco y grana,
la alegría y el llanto loco,
la tempestad y la calma alba,
la bondad y el consuelo quedo,
la verdad y las alas malvas.

Tuya es la belleza del poeta,
la del amor más puro y sereno,
tuya la hermosura de las olas,
del mar, del viento y de mi adentro.

Tú, que eres amor y poeta entero,
amistad de mis horas gratas,
vida, vida y sentimiento...
vida, vida...
sin saberlo.

Damián Manzanares Peco

APRENDIENDO GEOGRAFÍA

Anduve por tu monte la ladera,
de Venus conocí la cima y gloria;
me grabaron tus gozos la memoria,
fueron los míos Edén y primavera.

Descubrí tu tesoro en la ribera,
en su centro bebí pozo de noria;
y perdido en la margen divisoria
el tiempo se paró de nuestra esfera...

Y... libando las flores de tu centro,
vencedor de la épica soñada,
ítaca divisé en la lejanía...

Nafragando contigo mar adentro
nos fundimos amado con amada,
¡y tu alma fue una con la mía!

Luis Martín-Moreno Rodríguez (†)

ÚLTIMO ADIÓS

A la memoria de Luis Martín-Moreno

No me importa el dolor que padeciendo
estoy por este mal desconocido;
pero quiero morir apercebido,
quiero morir luchando y no durmiendo.

Felipe Sassone

I

Para siempre dejaste ya esta vida
y has marchado al Edén donde te espera
otra estancia, más bella y placentera
en la que hoy te darán la bienvenida.

Te harán una gran fiesta de acogida
e izarán en tu honor blanca bandera;
y en tu casa se queda tu cantera
sollozando y rezando por tu ida.

Amigo Luis: Te vas, yo quedo triste,
mas como nunca tú miedo tuviste,
seguro que este viaje no te abruma.

Nosotros no sabemos cuán nos dista
el tiempo y la distancia en la autopista,
pues vivir es un soplo que se esfuma.

II

Se te escapó la vida muy temprano,
¡compañero del alma, compañero!,
se le frenó el latido a tu venero
sin desaguar del todo en el pantano.

La tranquila corriente por el llano
nacida de tu cálido aguacero,
fue rota por un mazo traicionero
que dejó a tu rivera de seco.

Han quedado tu campo y tus bretones
carentes de tu lluvia cotidiana
que cada día dabas con tu amor.

Difícil de entender son las razones
del por qué esta llamada tan temprana
hubo de hacer a ti el Creador.

Manuel Mejía Sánchez-Cambronero

CON LOS OJOS PRESTADOS

Para el niño "Josesito", con amor.

"El que recibe a uno de estos niños
en mi nombre, a Mí me recibe."
(Mc, 9, 36-37)

¡Préstame, Señor, tus ojos!
que quiero pintar un niño
a la otra orilla del piélago;
y mi paleta arcoilis
con la luz del sol, muriendo,
es noctilunio de sombras;
y sólo hay color de aire
con escamas de tinieblas
para fantasmas añiles...

Es aquel crío, pequeño,
moreno de noche y luna,
ébano endrino, de brea,
que juega en los cocoteros
de la tierra caribeña.
De lejos, tan diminuto,
oliva negra, o cafeto,
bruno satén de aceituna
o nutria ondulando el agua...

Pero de cerca, ¡Señor!,
es su figura tan tierna...
de breve cuerpo de bronce;
pelo arracimado en mirlos
de ensortijado azabache;
dos ojos grandes, de nata,
con luciérnagas ardidadas;
abriendo rosas su boca
con blancos nardos, mordidos...

Y cuando piden caricias
sus manos en paz, abiertas,
con sonrisa de miel dulce
a cambio de la ternura,

hay cascabeleo de hierro,
crótalos de caracolas,
y ecos de luz y palabras,
estrenando primaveras
para hogares de silencios...

¡¡Devuelvo, Señor, tus ojos!!,
que se ha cumplido mi sueño;
negro color hizo diana
en mi corazón abierto...

María Luisa Menchón

CUANDO UN HOMBRE HABLA SOLO

Hay quien lo ha sorprendido hablando solo,
contándose sus penas y sus cosas.

F. Mena Cantero

Cuando un hombre habla solo
y se pierde en la sombra de la noche
contándose sus penas,
no encontrará la tabla donde asirse
ni saldrá del bajel de su tristeza.
Mas si un hombre habla solo
llegando al interior de su conciencia,
dejará emerger lo más profundo:
buscándose a sí mismo
y sintiendo a los otros en su esencia.
Curará las heridas que producen
soledad, abandono, indiferencia,
que no dejan existir,
que matan la esperanza
y anulan sementeras.
Beberá con el otro su mirada,
brindará con el cáliz de la vida,
comprenderá que a todos se nos mueren
esos trozos de cielo en las riberas.
Que Dios se nos presenta cada día
y su hálito nos cubre sin medida,
se nos muestra en mil rostros, mil maneras,
que nos habla y escucha nuestras cuitas
y regala su amor a manos llenas.

Presentación Pérez González

TE ENCONTRARÉ LEYENDO

A Luis Martín-Moreno.
Mejor recordarlo vivo.

Te encontraré leyendo, cuando torne,
junto al brocal del pozo en el que vela
el hueco mineral donde yacía
una virgen ibera,

que eligió tu hornacina y, taciturna,
se abandonó en tus manos alfareras
por no sentir la mordedura impía
de la húmeda tiniebla.

Sé que tendrás algún libro empezado,
un verso a flor de piel, un duermevela
y una sed de distancias abrazándote
como un enredadera,

y llenará un rasgueo de guitarra
y alguna copla el aire de tu huerta,
y un enjambre sonoro de palabras
tu boca colmenera.

Sé que andarás errático de sueños,
liviano el corazón de transparencias,
y entre todas las ramas de tus dedos
anidarán estrellas.

Te encontraré leyendo. O derramándote
desde el alma en mil gotas por la senda
blanca que es el papel donde se escriben
tus gozos y tus penas.

Perdido en ti, silente, solitario,
ungido de una paz grave y serena
hará mella en tu piel un libro abierto
reposando en tus piernas.

Solamente unas cuantas lagartijas
serán testigo de tus confianzas
fingiéndose arabescos en los muros,
simulando ser yedra,
derramando verdor por las paredes
y arañando las piedras.

Juana Pinés
(De ...y en el corazón, palomas)

ESA CAJA DE PANDORA

Dime, Señor, ¿por qué?,
no me lo digas, no, aunque te lo pregunte...

Dime, Señor:

Si hoy son rojas las rosas
y los cielos color de los zafiros;
si los ríos sorprenden a la tierra
con su líquido cuerpo
y la luz se renueva cada día
y llueven transparencias de cristales.

Si existe un horizonte para cada ambición
y una hoguera de sol
nos hace poesía de la vida
y nos pinta las cosas del color del deseo.

Si hay un vuelo esencial
de pájaros, remando hacia las manos
de las nuevas auroras
y un amor exultante
creciendo en la razón de los instintos.

Dime, Señor, ¿por qué?
eta presente caja de Pandora
a punto de estallar en lo absoluto;
y este temblor de pensamiento, y obra;
y esta frecuencia
de temor largamente agazapado
en el árbol sin tiempo de la última palabra.

Dime, Señor:

si obtuvimos la gracia de que tú nos crearas;
si obtuvimos el don de los razonamientos;
la inteligencia abierta de las contemplaciones;
y esta saturación de conciencia agredida.

Dime, Señor, ¿por qué,

en el lugar más alto, hay una estrella negra
que hace melancolía de lo que pudo ser
irreprimible lujo de abundancia
en esta tierra tuya y de los hombres?

Julia Rivero López-Serrano

JAÉN

Todo había cambiado, pero vivo
y casi igual que mi recuerdo estaba:
el niño que yo era aún jugaba
con una leve sensación de olivo;

la misma calle y el jardín cautivo
que fragancias y espinas encerraba;
las sábanas que el aire alborotaba
y un perro que meaba despectivo.

El sol atronador en los tejados
y el monte y el castillo hacia lo lejos
pero mi madre no está allí, y los viejos

no la recuerdan. Hijos alejados
vagan por los parajes destrozados
a los que vuelven siempre los vencejos.

Ángel Romera Valero

MÁS ALLÁ DEL AMOR Y LAS FRONTERAS

Con un peso de miedo en los bolsillos
despierta el corazón cada mañana,
con su constante desgarrón de envidia,
navegando en el mar de la nostalgia.

Las manos ateridas, y los ojos
anclados desde siempre en la distancia.

Vivimos sin amor y sin permiso
en un mundo de barro y telarañas.

Más allá del confín de tanto engaño,
de tanta necedad, de tanta farsa,
más allá de estos tristes territorios
quedan niños de angélicas miradas
con los dientes, de luz, petrificados,
sin sonrisas de amor y sin hogazas,
niños tristes que nunca masticaron
el pan crujiente de una harina blanca.

Cómo se puede hablar de libertades
mientras quede un rincón sin una brasa,
mientras queden hermanos que amanezcan
con la boca vacía de esperanza.

Cómo se puede hablar de libertades
si no llevar amor nuestras palabras.

Santiago Romero de Ávila

RECUERDO

recuerda
cómo se es poeta
cómo se suele ser poeta
recuerda

cuándo fui por última vez poeta

antes de entrar
en el servicio de caballeros
en un hospital para ferroviarios

pero ahora cómo es ahora
pues "ahora"
tocas con los dedos los misterios
precisamente bajo tu mano
surge un poema

el "ahora" pasa
pasó
y ahora miro
veo por la ventana las llamitas de una capuchina
entre hojitas verdes
se extinguen en noviembre

¿y las palabras?

escribiendo
corro en auxilio de las palabras
(¿quizá las palabras corren en auxilio?
y yo sólo existo)

quizá ahora
ocurre este cambio
me convierto en poeta
cuando tacho palabras

así es
y así:
me convierto en poeta
cuando dejo la pluma
miro por la ventana
cierro los ojos

hay allí árboles negros
nubes de lluvia
hojas que amarillean
pasó volando un pájaro
se ha ido el poeta
pero yo me quedo
y escribo hasta el final estas palabras

Tadeusz Rózewicz
(Polonia)

(Traducción de Ángel-Enrique Díaz-Pintado Hilario.
Revisión de la traducción: Maria Falska)

¿Y QUIÉN SE ATREVERÁ?

¿Y quién se atreverá, muerte, a nombrarte
si la vida se acerca hasta tu borde
y no te halla y sólo eres frontera,
que no destino y la vida sigue?

Ve cómo se defiende, sin espanto
de ti esta crisálida de vida;
cómo entra el sol y es un mastín dorado
a los pies de esta cama de hospital.

¿Qué puede haber aquí de moribundo,
qué de inminente luto en este aire
rebotante de amor hasta ser luz
en que todo refulge de ternura?

Ve que todo es un cálido blancor:
la habitación ya desbordada de alba
como de tibia cal resplandeciente;
la claridad vestida del silencio
armonioso de sabana y paredes.

Blanca es la sedación de este dolor,
la indiferencia ritual del aire
en esta primavera que enardece
en la aurora los cantos de los pájaros.

Son mariposas blancas los suspiros
que reprimen autómatas los labios;
blancura este calor de calor negro,
este sentirse la manzana ajena
al trance en desamparo de su brillo,
el temor oxidado de su pulpa
en la luna de loza de gris nácar
del plato en la mesilla displicente.

Blanco el temblor de manos apretadas
de resignado blanco el fugaz cruce
de este mirar abstracto de enfermeras,
la sonrisa invertida de su cofia,
el febril testimonio de la frente,
la derretida nieve del sudor
y en sienes blancas besos terminales.

Tanto cariño blanco se recobra
en corazones casa de acogida
de aquel secreto que encerrabas, muerte,
tras la belleza digna, incommovible
de la serenidad que desemboca
el río en el océano de la nada.

Y cuánto gozo ahora si dispuesta
a aceptar tu llegada misteriosa,
el alma extrae la vida de ti, muerte,
tu diáfano sentido esplendoroso
y hacia la nueva libertad acude
en la frontera que el amor traspasa
como un sol que amanece sobre el mar,
tiempo total bajo la luz de Dios.

Matías Sánchez-Carrasco Calabria (†)
(De Últimas palabras)

CARTA DE SANTA TERESA

El Adaja y el Tormes, espejos de mi vida,
saben bien cuántas veces se helaron los almendros,
por las noches oscuras de mi alma,
hasta que Dios un día amaneció conmigo.

Pero fue largo, largo el angosto camino,
vacilantes los pasos, empinada la cuesta;
me dolían los costados, me faltaba el aliento...
Sólo el aire del páramo refrescaba las sienas.

Sin embargo, yo subía, subía alegre la montaña:
Allí la nieve es rosa y blancos los anhelos;
campánulas azules modulan las antífonas
que, desde el alto cielo, al Hacedor le cantan.

Un cingulo de plomo me ahogaba la cintura
y mis reseco ojos miraban las cerezas
del árbol de la gula, que desgajó las ramas
y se hizo densa y lúgubre la noche interminable.

La purgativa escarpa sangraba mis rodillas,
la envidia, hecha guijarros, estaba en la ladera
y hasta un regato virgen me hablaba de lujuria,
cuando el soberbio muro acantiló la cumbre.

Pasado el laberinto, se despertó la aurora.
Tras la cornisa había bucólica terraza;
se iluminó la yerba, cantaron las alondras
y apareció a mis plantas la Fundación Primera.

Oh qué ascensión tan dulce, qué lírico alimento,
qué domingo de Pascua en mi pecho triunfante.
Pucheros boca abajo y ascética tartana
quedaron para siempre detrás de los olvidos.

Qué rosicler más vivo, qué arrullo de palomas,
qué jubilosos trinos abrieron la mañana.
Parecía que a los pliegues del sayal y la toca
puso un ángel las alas, que invitaban al vuelo.

Lo recuerdo bien todo: La primera aventura
con mi hermano Rodrigo, por caminos de ortigas,
entre lunas hostiles y agarenos turbantes.
Luego, el pan de los días, de posada en posada.

Sí, lo recuerdo todo: los alcores y el llano,
el mar de las espigas, las uvas de la parra,
las torres, las almenas de mi amada Castilla,
la sombra en el otero, la luz entre mis manos.

Palomares en vilo, trinidades de agua,
salpicada impaciencia por el polvo y el barro
de las viejas sandalias, que calcé de novicia...
Piedra a piedra, conventos de espadañas azules.

Y tengo, sobre todo, grabado en mi memoria
el esperado día y aquella luz sin norma
—angélico relámpago— que iluminó la senda
y puso ante mis ojos la séptima morada.

Y era tan dulce el aire y el beso de la lumbre,
que se quedó encendida la zarza de mi pecho
y ya no vive en mí el miedo a la montaña...
Ahora goza las mieles de inefable ventura.

Nada más sé deciros. Os escribo esta carta,
por si buscáis la vía, que yo encontré, dichosa,
cuando Dios se hizo Niño entre mis brazos
y se durmió en mi pecho palpitante.

Rafael Simarro Fernández de Sevilla

(Premio nacional de poesía mística,
Malagón, 1999)

INSTANTE

Sereno mar de plata esta noche de agosto.

Con mi oleaje con ella acompasado,
saboreo las cadencias del tiempo
y su dinámico tejido,
hoy tan sólo de espigas y de flores.

Forman olas sutiles
el perfume del melocotón, que voy
pelando lentamente,
y el leve balanceo de los árboles,

y el alegre murmullo
de niños en la calle,

y el amor jugueteando entre penumbras
con un tropel de adolescentes...

Olas con el rezumo del entorno
más aferrado a mis entrañas,
de vigor y hermosura hoy singulares,
que me envuelve, lo busco, me susurra...

Olas con la dicha total
que, ¡ay!, a menudo dura
tan sólo unos instantes.

Isabel Villalta

JÓVENES CREADORES

“... con nuevos versos y nuevo canto...”

(Quijote, I, 43)

A LAS ESTRELLAS

¡Cómo me gustaría, ya enredada,
abrazarme a tu torso de manera
que ni nada ni nadie me impidiera
dormir bajo la luna enamorada!

Tú y yo, como una isla abandonada
donde el tiempo —salvaje y tenaz fiera—
no pudiera, por más que él quisiera,
destruir nuestro amor con su zancada.

Pero como una frágil mariposa,
que al intentar llegar a las estrellas,
desfallecida cae en una losa,

así me siento cuando entre querellas
despierto de tal sueño, dolorosa,
y digo: ¡qué altas son,... mas son tan bellas!

Laura Anguita Moreno

Ignacio Villalba

QUIERO SER MARIPOSA

Alicia es una niña traviesa y aventurera que vive en una gran ciudad. Todos los días tiene que coger el autobús para ir al colegio. ¡Qué envidia le dan esas niñas que viven en el campo o en los pueblos pequeños, que pueden jugar en las calles, cantar y brincar sin molestar a nadie! Porque en los pueblos se reúnen los niños en las calles y plazas para jugar y nunca pasa nada malo. Eso es lo que le cuenta su amiga Elena cuando viene del pueblo, de pasar el verano con sus abuelos. Una noche se iba a la cama.

—Mamá, me gustaría ser mariposa.

—¡Qué cosas tiene esta niña! ¿Para qué quieres ser mariposa?

—Quiero ser mariposa para echar mi pequeño vuelo al viento, para recorrer campos y jardines, para posarme en las más lindas flores, para alimentarme de su néctar y comparar sus sabores múltiples.

—¿Qué te falta, mi pequeña, para que quieras ser mariposa?

—Me falta libertad para seguir siendo niña, tiempo para jugar, espacio libre para correr, un lugar donde poder gritar para desahogarme de mis rabietas. Me falta viento para que mi cabello baile a su son, rayos de sol que bañen mi cuerpo, una noche lar-

ga para poder descansar y dejar que mis sueños se adueñen de mis fantasías.

—Dime, reina mía, ¿qué te sobra para que quieras ser mariposa?

—Me sobran muñecos empolvados amontonados en un rincón. Juguetes complicados que con tan sólo apretar un botón lo hacen todo. Mochilas repletas de libros que hacen daño a mi espalda. Horarios ajustados que apenas me dejan tiempo para comer. Me sobran telediaros, "telehorarios" que puntualmente hablan de bombas, accidentes, maltratos, muerte, terror...

—Ya me has convencido, niña mía, por lo que quieres ser mariposa. Echa tu vuelo al viento, que yo trataré de ayudarte.

—¿Y cómo vas a hacerlo si sólo eres mi mamá?

—Invitaré al viento y al arco iris, para que vengan a contemplar tu belleza, tus ojos cristalinos, tu sonrisa fresca. Les hablaré de tu ternura, de tu alma limpia, de tu inocencia. Y cuando estén embelesados, porque lo estarán, cogeré un poquito de viento, tan poco que no lo notará. Y del arco iris cogeré sus colores para que tú, mi niña, linda mariposa, puedas volar.

Francisca García Camacho

A.D.N.

¿Por qué no atravesar
las colinas grisáceas
de nuestros horizontes?

Tanta duda
en los laboratorios invernales
deja a los dioses
insignificantes
con las manos
y el alma
muy manchadas.

Tanta duda
entre los hombres
de plástico fino
tiñendo el ocaso
de colores
anaranjados.

Hoy quise llevar
mis dudas de paseo,
quise que conociesen
las ideas musicales
de animales que sueñan.

Hoy quise, con mucha fuerza,
que mis dudas
volasen lejos
entre nubes
cargadas de lágrimas.

Hoy quise cerrar mis ojos
y descansar
del dolor amargo,
pero vi tus ojos cerca
y aquí me tienes,
llorando.

Francisco Pajarón Hornero

NECESITABA DIOS ALGÚN POETA

A Luis Martín-Moreno

Necesitaba Dios algún poeta
que poemas a los ángeles leyese
y por eso te tomó de la mano
una fría mañana de noviembre.

Con la pena que habita en el tintero
llora la pluma, abatida y silente,
porque su dueño marchó a otro cielo,
sabe que nunca volverá a tenerle
susurrando en su metálica piel
palabras de amor, que están hoy ausentes,
no verá ya más paraísos nuevos,
ni sabrá cómo las rosas florecen.

Ella querrá acabar aquel soneto
y te buscará mientras amanece,
el alba le contestará que tu alma
a su lado se quedará por siempre,
y desolada, con su última tinta
alguna elegía, tal vez te rece.

Elisabeth Porrero Vozmediano

LA PLUMA AÚN TE ESPERA

A Luis Martín-Moreno

Negó de nuevo... y una fina capa
de nieve triste todo lo ha cubierto.
Todo quedó vacío... todo pálido,
todo en silencio negro... sosegado.
Quedó el papel tan blanco... tan vacío,
sin letras, cartas, cuentos, rimas, versos.

Y te los has dejado con tu pluma
que aún te aguarda muda en el tintero
para escribir contigo nuevos versos.

Pero no llegan versos a la pluma
para poder plasmar los sentimientos
que cabalgaban libres en tus dedos
y que en tu vena, ahora muda... secos,
como la tinta muerta, se han quedado
en tu tintero aún lleno de ideas.

Las dos quedaron mudas... silenciosas,
porque murió el poeta del soneto,
el que escribía cuentos de otros tiempos,
el que mezclando letras conseguía
sueños... sonrisas llenas de deseos.

Pero, esta noche gris, la poesía
de luto está cubierta... se han callado
todas las rimas... todas las estrofas.

Llora la luna, estrellas en el cielo
quieren llevar tus pasos hasta ellas
para que al menos puedas escribirnos,
desde tu nuevo lecho los poemas
que te llevaste dentro de tu pecho.

Diana María Rodrigo Ruiz

Francisco Pascual Huerta

ALLÍ NO ESTABAS TÚ...

Elegía a Luis Martín-Moreno Rodríguez

¡Allí no estabas tú... no era tu sitio!
¡No pueden ser tus piernas sin camino,
ni pueden ser tus manos sin un libro,
ni puede ser tu pecho sin latidos!

¡Tampoco hay una pluma entre tus dedos,
ni nacen en tu boca los silbidos,
ni llevas en la piel color de estío,
y no canta tu voz entre suspiros!

Aún te veo andar sobre tus miedos
y ocupar cada sábado tu asiento...
y creo ver tu sombra a donde miro...
y siento ya tu voz, soy el testigo
de que dejas el alma en cada cuento
y te partes los labios en los versos
y nos dejas la sangre de tu sueño.

¡Allí no estabas tú... no era mi amigo...
tan sólo vi tu cuerpo, ya sin dueño!
Por ti quise brindar con el espejo
tal como tú escribiste en otro tiempo:
celebrando tu vida y tu recuerdo.

Tu eco, ya fugaz, de madrugada
parece una estrella, a la que pierdo
intentando seguir a su destello
pensando que es la luna, y no un lucero,
porque me deja el brillo en la mirada.

Pero sé que la muerte es una daga...
la muerte es un cuchillo traicionero
que llega por detrás, y sin reflejos
ni sombras, ni advertencias, nos apaga...
como un verdugo, diestro con el hacha.

¡Mas no veas la vida con la calma
de quien mira las cosas desde lejos,
que estás entre nosotros con el alma!
que en tu cuerpo no hay voz en tu garganta,
que no enterramos nada en esa caja,
porque dentro no estabas tú... ¡no estabas!

David de la Sierra-Llamazares Cejuela

PROSA

SE BUSCA A... THOMAS MOORE

El día que trasladé estos pensamientos al papel, paciente lector que ahora estás auscultando estas líneas, un poderoso obstáculo me impedía proseguir mis habituales sesiones de lectura vespertina sin un cierto reparo.

Todo comenzó cuando, hojeando el monumental ensayo de Lovecraft titulado *El horror en la literatura*, no pude evitar fijarme en una breve pero sugerente referencia que decía algo así como: «Thomas Moore, en su novela *El epicúreo*, aunque relata meramente las aventuras de un ateniense embaucado por los sacerdotes egipcios, se las arregla para inspirar verdadero horror al narrar los prodigios subterráneos bajo los templos primordiales de Memphis.» Esta mención de un autor al que no había leído antes fue razón suficiente para que me abalanzara sobre la enciclopedia. Allí encontré a George Moore, escritor naturalista; al general Sir John Moore, muerto tras el fracaso en España de su malograda campaña contra Napoleón en 1809; incluso un tal Dudley Moore, actor cómico encasillado, y su colega Roger Moore, intrépido galán también encasillado. No hallé ni rastro de Thomas Moore hasta que consulté una polvorienta Historia de la Literatura Inglesa.

Nacido en Dublín en 1779 y muerto en 1852, tuvo su momento de mayor esplendor en la época de las baladas líricas, junto a Coleridge o Wordsworth. Se destacó en el poema lírico narrativo, breve, con su lirismo exótico y su afectación sentimental. De su pluma surgieron *Epístolas, odas y otros poemas* (1806), *Lalla Rookh* (1817) y *Canciones irlande-*

sas (1822). Edgar Allan Poe, en sus *Marginalia* o colección de anotaciones, concretamente en la LXXXIX, habla de Thomas Moore como «el más hábil artista literario de su tiempo, quizá de todo tiempo, subestimado a causa de la profusión con la cual ha derramado excelentes obras». No terminan aquí sus elogios; engostado en el texto *El principio poético*, que usara Poe para un ciclo de conferencias, descubrí la única obra que hasta ahora he podido admirar de este hombre olvidado; una de sus *Canciones irlandesas*, de la que Poe advierte que «nada en la obra de Byron sobrepasa su intensa expresión, (...) corporiza el todo en todo de la divina pasión del Amor:

Ven, descansa en mi pecho, mi pobre gacela herida,
aunque el rebaño te rehúya tu hogar aún está aquí;
aquí está la sonrisa que ninguna nube puede
[ensombrecer,
y un corazón y una mano tuyos hasta el fin.

¡Oh! ¿Para qué fue hecho el amor, sino para ser
[idéntico
en la alegría y en el tormento, en la gloria y la
[vergüenza?
No sé, y tampoco pregunto, si la culpa está en tu
[corazón,
sólo sé que te amo, quienquiera que seas.

Me llamaste tu Ángel en momentos de felicidad,
y tu Ángel seré, entre los horrores de esta hora,-
en la hoguera, impávido, siguiendo tus pasos,
y protegiéndote, y salvándote - ¡o pereciendo

[contigo!»

Decidido a conocer la obra de este autor tan misterioso pero con tan excelente recomendación, sondeé en vano las bibliotecas públicas y la enorme biblioteca universitaria. No había más señales de la existencia de Thomas Moore que las mencionadas.

Pensé que, tal vez, ninguna obra de

este autor había sido vertida al castellano. No obstante, *El epicúreo* fue publicado en la primitiva colección Austral con el número 1015, o al menos así constaba en los catálogos. Fue entonces cuando comencé a sospechar. Mis pesquisas subsiguientes por librerías de Ciudad Real fueron infructuosas, pero en Madrid y Sevilla llegaron a ser incluso desesperadas. Tras zarandear convenientemente a un librero listillo porque dijo ignorar por completo quién era Thomas Moore, estuve a punto de dar con mis huesos, como dirían Faemino y Cansado, «en el calabozo de la librería». Afortunadamente, pude convencerles de que «yo leo a Kierkegaard» y me soltaron.

Pero mi inquietud no ha terminado, por eso apelo a la consideración de uds., amantes de la literatura, para que me ayuden en mi empresa. Tengo razones suficientes para creer que la obra de Thomas Moore ha sido SECUESTRADA, y he empeñado mi honor en volver a recuperarla. Al margen de lo que pudiera sucederme en el transcurso de mi búsqueda, esta misiva constituye una llamada de atención para todos aquellos que puedan aportar indicios de su localización. Ruego encarecidamente a todos uds. me comuniquen cualquier hallazgo que pudiera facilitar mi anhelado encuentro con la literatura de Thomas Moore. Muchas gracias.

Juan Alcocer Sanz

VELOS PARA UNA NOCHE

Hoy te escribo en la distancia porque me arde el corazón en soledades. Hoy escribo en mi destierro porque nunca me libré de la nostalgia; el recuerdo de tu voz y el aroma de tu piel, se acomodan cada noche en las frías esquinas de mi lecho evocándome, sin tregua, aquella magia que compartimos.

Me engañaste, ya lo sé, pero aunque ha pasado mucho tiempo, aún sueño con el brillo de tus ojos y la suave caricia de tus labios. Eras un hombre guapo y yo estaba sola, eras un hombre fuerte y yo una mujer asustada que quería creer la luna porque la luna salía de tus labios. No, nada pretendo reprocharte, ha pasado tanto tiempo que la paz ha vuelto al corazón en el que un día habitó el dolor de tus mentiras.

Fueron cinco días amargos de los que la dulzura hizo su reino. Tus palabras misteriosas serenaban mi congoja sin saber qué me decían en la jerga de tu lengua, pero el corazón es sabio y se hizo eco del mensaje que yo no atinaba a comprender, y antes del segundo amanecer, ya sus-

piraba por encontrarme en el cálido refugio de tus brazos.

Al principio maldije mi destino cuando vi los uniformes en la arena de la libertad, lloré porque de nada habían servido los días de infierno a la deriva que me habían traído hasta tu mundo. Ahora creo que fue la suerte la que te llevó hasta mí aquella madrugada porque algo se inflamó en mi pecho cuando me ofreciste tu mano para ayudarme a bajar a tierra. No sentí miedo de las armas ni del brillante charol que adornaba tus cabellos, sentí que el mundo había dejado de girar porque el negro de tus ojos me susurró que ya había llegado a casa. No entendía tus palabras, al principio ni tus gestos, sólo sentía que en mi alma se engendraban mil palomas al arrullo de tus silencios. Levantaste el velo de mi rostro y la vergüenza me cubrió de un manto rojo que me hizo vulnerable ante el poder que derrochaba la reciedumbre encerrada en tu sonrisa.

Sabía que me harían regresar a mi encierro de mujer sin haber saboreado la

libertad que durante tantas noches había imaginado. De nada servía ya el esfuerzo ni las maniobras clandestinas que necesitó para subir a ese bote en el que había fletado todos mis sueños. Tuviste cinco días para jugar con mi inocencia, aunque ahora que la distancia en el tiempo y el espacio, pone voz a mi silencio, te confieso que le sobraron cuatro a la elocuencia de tu apostura. Mi corazón traducía tus murmullos, llegó la última noche de mi encierro entre tus rejas y sucumbí al ardor que tu presencia provocaba en mi recato. No había nadie, sólo nosotros dos y la emoción que se encendía entre los muros de mi custodia. Galopó mi corazón cuando abriste la reja que nos separaba, me despojé de mis velos uno a uno consciente de lo que implicaban las ruinas de la muralla que derribaba y me dejé llevar del amor sin pensar ni un instante en el futuro. Fuiste todo lo que yo había soñado y mucho más, fuiste un volcán de lava ardiente cuando la pasión encendió nuestras miradas y un remanso de agua serena y clara cuando el fuego se fue extinguiendo con las claras luces del alba. Me diste parte de ti y te quedaste conmigo entera, pero no me importa, quizá en alguna estrella estaba escrito que mi alma te pertenecía y es lícito ayudar al alma a cumplir con su destino.

Hoy recuerdo aquella noche y se enciende aún mi piel cuando evoco tus caricias. Es un tormento delicioso del que no puedo desprenderme porque cada vez que miro el legado de tu pasión, que duerme dulcemente entre mis brazos, veo tus ojos y tus labios encarnados en su rostro diminuto. Y doy gracias a mi dios porque aunque mi debilidad de aquella noche me ha condenado para siempre, me ha dejado el recuerdo de un amor que hizo fértil mi juventud y de un calor que hará más llevadera mi soledad.

No sé si te llegará esta carta ni si serás capaz de entender mis palabras, pero si alguna vez lo consigues, si alguien te cuenta lo que dice, no trates de cambiar lo que el tiempo ha establecido, no dejes que la responsabilidad te nuble la razón y arruine tu vida para siempre. Todo está bien así porque así lo decidí en su momento; sólo quería que supieras que al otro lado del mar, hay dos personas solitarias que desgranar, cada día, su amor sobre tu recuerdo.

María Domínguez

Avilés (Asturias)

Premio Timonel, en el certamen de

Cartas de amor

("Asociación Amas de casa el Timón".

Puertollano, 2001)

SOLO DE SOLITARIOS

Todos los días cruzan una breve mirada. Él se aleja recordando un semblante dulce y fino. Ella sigue el ritmo de sus pasos presurosos con la eterna pregunta sobre la conclusión de su soledad. Nunca se saludaron. Jamás el uno supo el nombre del otro. No conocieron dónde vivía cada cual. Tras los años y en un día invernal, rendida por el paso del tiempo y cansada por el trabajo cotidiano, ella vuelve a casa, se deja caer sobre un pequeño sofá, apoya fatigada la cabeza contra

la pared. No tiene con quién hablar, nadie que la contemple. Él, disgustado tras una dura tarde de pesadas tareas, entra en un minúsculo estudio, se sienta en el taburete desde donde suele ver la televisión, solitario, se va hundiendo y su cabeza se encuentra con la pared. Sólo ese delgado tabique de ladrillos separa las dos nucas.

Carlos Meneses

(Palma de Mallorca)

EL SILENCIO DE LOS ADAGIOS

Hoy es lunes de carnaval, pero yo ignoro tal realidad, estoy sentada en mi estudio, alejada de las máscaras y deseosa de adentrarme en mi mundo interior. Es una necesidad, ¿por qué?, porque hallo una enorme paz. La paz trae a mi vida cestitos de flores y estrellas con los que decoro los rincones de mi alma, y mi alma, que es coqueta, se alegra y se pavonea. Cuando está contenta barre los entresijos de suciedad acumulada y todo se hace tan liviano que me parece etéreo y surge la maravilla; la luz es más sugestiva, los silencios entonan preciosos adagios, la inquietud desaparece y llega el sosiego, el polvo del miedo vue-

la por el infinito y me traslado a un mundo en el que no hay nada disonante, la paz se adueña de las cosas y lo feo desaparece.

¿Por qué hay tanta desgana de adentrarse en la vida interior? Son estancias extraordinarias donde vive lo hermoso. Donde se da culto a las artes y a la ciencia y en el que moran grandes sentimientos. Cuando esto no sucede, algo va muy mal; debemos enfrentarnos a la verdad y limpiar la suciedad. Dicen que la vulgaridad mancha mucho y no aporta nada racional.

Ana Moyano

ESCRIBE UN AMIGO DE LUIS

Estimado Grupo literario Guadiana: Juana, Santiago, José, Jerónimo y tantos otros que yo no conozco pero que he oído a Luis nombrar en otras tertulias, no tan literarias, al menos por mi parte, pero sí entrañables y sinceras que él y yo hemos tenido.

Me apetecía escribir estas líneas para daros las gracias, ¡gracias! ¿Por qué?, os preguntaréis; pues porque habéis conseguido que Luis, al final de sus días, en este tiempo que lleva contactando con vosotros, haya tenido una gran ilusión y un reconocimiento. Y no me refiero sólo a la cuestión literaria, que seguro que algo tenéis que reconocer, sino al reconocimiento como persona, con inquietudes, sincera, con entusiasmo, con ganas de saber más y con una lucha interior que tapaba su timidez, y que vosotros de alguna manera habéis sabido estimular.

Conozco a Luis hace muchos años.

Le he visto cruzar la sierra en marcha ecologista. Le he visto participar con el grupo folclórico del pueblo. Le he visto cantar saetas. Le he visto animar con su voz en una noche fría en la sierra al lado de una lumbre de jara y madroña. Le he visto participar en todo tipo de actividades culturales. Y también he visto que no ha sido suficientemente reconocido.

Quizás Luis me recriminaría esta carta (pero, lo siento, me apetecía; perdona, Luis), porque él siempre decía: «Como no tengo grandes pretensiones, tampoco tengo grandes fracasos».

Gracias de nuevo por haber compartido con Luis todos esos días que le sirvieron de estímulo y le dieron confianza.

Un saludo.

Antonio Muñoz Román

POETAS DEL GRUPO GUADIANA

RAFAEL SIMARRO FERNÁNDEZ DE SEVILLA

Rafael Simarro Fernández de Sevilla nació en Infantes, el año 1929. Hizo el bachillerato y cursos de Derecho en la Universidad Central de Madrid. Es fundador de la Orden Literaria de Francisco de Quevedo, habiendo alcanzado el título de Gran Maestro de la misma. Pertenece al Grupo Guadiana y ha publicado seis libros de poemas y uno en prosa. Sus versos figuran en varias antologías y en la colección "Brisas poéticas modernas", que se edita en los Estados Unidos de América, donde recientemente ha sido incluido en la *Antología del milenio*.

Rafael Simarro es un poeta de corte clásico y tradicional, como demuestran sus romances, sus décimas y sus sonetos. Tiene en su haber varios premios literarios y tres libros de poemas más, todavía inéditos.

EN ESTA CASA, DIOS, EN ESTA CASA

En esta casa, Dios, en esta casa
sólo habita el silencio y la tristeza;
cantan tristes los pájaros del patio
y se muere la luz en la vidriera.

Parece que tu voz suena en la alcoba
y se oyen tus pasos en la puerta,
pero no ha sido así, estas paredes
verticales y mudas me contemplan...

Ya no huele a cocido en la cocina
y hasta el agua del grifo se lamenta
de que tú ya no estés entre nosotros,
repartiendo los platos en la mesa.

RAFAEL

Tontaina, tonto del higo.
Rafael Alberti

—¿No le conoces? Es él,
ese que lleva en el pecho
cristos de cera y de miel.
—¿Y sabes cómo se llama?
—Sí, se llama Rafael.
Dicen que pasa la vida
escondido en un tonel.
Ya sé que se fue a La Habana
en un barco de papel
y regresó al poco tiempo
con corona de laurel.
—Pero sería en un gran barco
de vela con timonel.
—No, señor, porque es poeta,
usa barcos de papel
y escribe versos divinos
a la rosa y al clavel...
Ayer mismo me dijeron,
que, por honrado y por fiel,
le harán un gran monumento
en el Campo de Montiel.

—¿Y dices que es un poeta?...
—Tú eres más tonto que él.

NO TENGO PALABRAS, NO

No tengo palabras, no,
para decir lo que siento;
es un temblor, un ahogo,
un hachazo traicionero.

Parece que se han metido
los demonios en mi cuerpo
y los ríos de mi sangre
son los ríos del Infierno.

Es una ausencia, un quejido,
un rumor de juramentos,
como si mis pies pisaran
soledades de recuerdos.

Tengo ganas de llorar
y de romper el espejo
de una vida casi ciega,
sin lazarillo ni perro.

Tocas mis manos vacías
una cintura de viento,
que ella se fue de la alcoba
y yo la espero, la espero.

No tengo palabras, no,
para decir lo que siento;
es el dolor de estar vivo,
es el temor de estar muerto.

Con el alma hecha jirones
y el corazón en el suelo,
me estoy mirando en el agua
turbia de mi pensamiento.

Tengo ganas de llorar
y de romper el espejo.
No es que la he querido, no,
es que todavía la quiero.

ROMANCE DE SAN MIGUEL

San Miguel, ángel antiguo
de las batallas del orbe,
lleva la espada desnuda
al frente de sus legiones.

Con la cintura de junco
y las sandalias de azogue,
decapitando soberbias,
cruza los aires salobres.

El huracán de sus alas
vuela los días y las noches,
donde se apagan los mundos
y Cristo dio las tres voces.

En su invencible coraza
brillan las constelaciones
y, de la Ceca a la Meca,
va repartiendo mandobles.

Abrid las puertas del Tártaro,

manda a las furias bicornes.
Antes de entrar al abismo,
firmad capitulaciones.

Y entre cortinas de azufre
y telúricos temblores,
se desgarraban las simas
y se erizaban los montes.

Precipitados caían
bisiestos tirabuzones
a las tinieblas redondas
de las calderas de cobre.

Allí el crujir de los dientes,
la esclavitud, los dolores,
aquí la luz, la esperanza,
la libertad y los dones.

Sanitarios serafines,
con pericia de doctores,
a las heridas del cielo
quitaron los algodones.

Y San Miguel, rey de espadas
de los espíritus nobles,
por trinidad de argento
subió a la más alta torre.

Llamó a la sala de audiencias
con los nudillos de bronce
y se quitó la coraza
con mayestático porte.

En el bolsillo del pecho
llevaba lacrado el sobre,
donde Satán, el caído,
firmó capitulaciones.

Y entre clarines de gloria
y sempiternos redobles,
guardó el fulgor de la espada
en la penumbra de un cofre.

Antífonas teologales
cantaron los ruiseñores
y, entre las siete alabanzas,
sonaron acordeones.

Y cuando Dios Poderoso
le puso a su diestra, entonces,
el arco de la alianza
pintó la luz de colores.

DÉCIMAS**BELÉN**

—¿Por Qué se ríe este zagal,
 José le dice a María,
 si hoy se cumple el cuarto día
 que nos nació en el Portal?
 —Quizá, porque en el costal
 que yo le he puesto de almohada
 se siente más arropada
 la nieve de sus mejillas
 o porque le haces cosquillas
 con tu barba alborotada.

CIPRÉS

Flecha que sube hasta el cielo
 y le hace una herida verde
 a una nube que se pierde,
 tras ensangrentado velo.
 Sombra alargada en el suelo,
 cuando el astro rey declina
 y hacia el ocaso camina
 con esplendoroso manto,
 mientras que en el camposanto
 el viejo ciprés se empina.

DILEMA

Que si el huevo o la gallina,
 si la gallina o el huevo;
 yo, la verdad, no me atrevo
 a ser el tonto que opina.
 Que si la mano divina,
 que si se fue, que si vino,
 que si el ajo o el comino,
 pero nadie me responde
 de dónde viene y adónde
 se va este mundo cochino.

HIGUERA

En la rama más frondosa
 hay un sabio distraído
 que, con cara de aburrido,
 busca una kikiricosa.
 Y tiene gracia la cosa,
 porque el sabio es insumiso
 y sin razón ni permiso,
 coge del lado convexo
 una hoja y tapa el sexo
 al Ángel del Paraíso.

Rafael Simarro Fernández de Sevilla

ULTIMAS PUBLICACIONES DE LOS POETAS DEL GRUPO GUADIANA

Carlos Baos Galán

Tanto y ningún prodigio
(Poemas)

Gobierno de Navarra
Departamento de Educación y Cultura

Premio a la creación literaria 2000

Esteban Rodríguez Ruiz

Desde el mirador

Caja Rural de Ciudad Real

Selección de artículos de prensa,
publicados entre los años 1997 – 1999
en los diarios *Lanza* y *Tribuna*

UN PINTOR EN MANXA

JULIÁN PECO

Algunos cuadros del pintor manchego Julián Peco ilustran el presente número de *Manxa*.

Julián Peco nació en Miguelturna. Es miembro cofundador del GRUPO PICTÓRICO MANCHA 10. Autodidacta, imparte clases de pintura en la Universidad Popular de Miguelturna.

Ha recibido importantes premios, como el Primer Premio de Escultura O.S. Educación y Descanso de Ciudad Real (1975), Primer Premio de Pintura I Certamen Regional del Palacio de Clavería de Aldea del Rey (1993), Primer Premio de Pintura XI Certamen Nacional Castillo de San Fernando, Bolaños (1993), Primer Premio XVI Certamen Nacional de Pintura "Carta Puebla" de Miguelturna (1994), Mención de Honor VI Certamen Nacional de Pintura "Manuel López Villaseñor" de Ciudad Real (1997), etc.

Sus exposiciones individuales han sido varias, desde la que celebró en Miguelturna (1979), donde ha expuesto en distintas ocasiones, como en Ciudad Real (Casa de Cultura, Museo-Archivo Histórico Municipal Elisa Cendrero, Ayuntamiento, Cámara de Comercio, Galería de Arte de la Caja de Madrid,...).

También ha estado presente con su obra en exposiciones colectivas, en Ciudad Real, Miguelturna, Bolaños, Campo de Criptana, Alcázar de San Juan, Daimiel, Aldea del Rey, Argamasilla de Alba, Puertollano, Moral de Calatrava,...

«La obra de Peco —ha escrito José Luis Marchante— llama al estudio y es sencillamente haciendo un exhaustivo análisis de la totalidad, donde realmente se puede sacar e interpretar su contenido. Si a ello añadimos que sus temáticas son muy cotidianas y efectivistas, estamos ante algo realmente excelso para nuestros ojos». Hilario Rivero ha dicho de él: «Es imposible reprimirse cuando uno se sitúa frente a su obra. De inmediato te sientes inmerso en esos lugares de los que necesitas formar parte porque, en el fondo, el pintor ha elegido esa cuadrícula de tu entorno que te ha sido familiar, cotidiana, entrañable. Ese es el secreto más hermoso de su trabajo a lo largo del tiempo».

COMENTARIOS DE LIBROS * COMENTARIOS DE LIBROS

LA ASPIRACIÓN POÉTICA DE JUAN ALCOCER

Juan Alcocer Sanz
Miscelánea de una aspiración
 Ciudad Real, Imprenta provincial, 2000
 (Grupo literario «Guadiana»
 Manxa. Colección bibliográfica, 1)

El año 1981 salió a la luz el primer número de la «Colección monográfica Manxa». Estaba dedicado al pintor Vicente Martín, que tanto colaboró con el grupo Guadiana. El librito se abre con unas palabras introductorias de José González Lara: «El Grupo Literario "Guadiana" se ha "salido de madre"; —decía— ha querido ampliar su marco habitual de Revista, para realizar, con muchos sacrificios, una "Colección" monográfica en donde los escritores de esta tierra venerada de la Mancha encuentren su manera de expresión". Raimundo Escribano, Vela Siller, Beño Galiana, Julián Márquez, Vicente Cano y otros presentaron su obra en esa colección.

En la década de los noventa, esa colección se interrumpió. Hoy, gracias a la colaboración de la Diputación Provincial de Ciudad Real, de nuevo la tenemos entre nosotros, con el nombre de «Manxa. Colección bibliográfica» del Grupo literario Guadiana. En unas cincuenta páginas, los creadores del grupo tendrán la oportunidad de dar a conocer su obra. El propósito es que salgan cuatro números al año, coincidiendo con la publicación de la revista.

El joven poeta Juan Alcocer (Ciudad Real, 1978) es el autor del primer número. La revista *Manxa* siempre ha estado abierta a la juventud. Muchos de los que hoy tenemos ya *las sienas plateadas*, publicamos nuestros primeros versos en *Manxa*. Juan Alcocer también, y a sus veintipocos años es una de las voces más firmes del grupo. A veces pienso que *Manxa* es como aquel gran maestro de Cervantes, llamado López de Hoyos, que publicó los primeros versos del entonces también veinteañero Miguel, quien tal vez sin el estímulo juvenil de ver su obra en un libro nunca se hubiera puesto a escribir su *Quijote*. Creo que la emoción mayor de un poeta es ver su obra impresa, y esta emoción nos la ha proporcionado en muchas ocasiones la revista *Manxa*.

Miscelánea de una aspiración llama Juan Alcocer a este su primer libro, que es como una

antología de sus trabajos. En efecto, la obra es *miscelánea* porque trata diversos asuntos; en ella nos sorprenden su variada temática, su amplia cultura, sus múltiples citas (desde Nietzsche a Rubén Darío, desde Poe a Bécquer, desde Verlaine a Van Gogh, etcétera), su polimetría, aunque predomina el soneto. Y también es *aspiración*, porque el poeta pretende llegar a una obra personalísima, aunque parta de esa cultura de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, época con la que "reconoce su afinidad artística".

Evoca el poeta otros tiempos, otros mundos lejanos; pero, a pesar de este aparente huir, se hace actual, contemporáneo, a veces con unos versos que tienen como un eco de dolor, de angustia. Así, por ejemplo, en «La gran odalisca», con cita de Gautier, de sonoro recuerdo de Rubén Darío, pasa de los versos endecasílabos dactílicos:

Piensa en un joven barquero del Nilo
 que la pasaba de Tebas a Philo,
 que la miraba con ojos ardientes,
 que la quería llevar hasta Oriente,

a la cruda realidad del final:

La Gran Odalisca
se droga tranquila
 para olvidar al sultán.

En estos temas se mueve el autor con soltura y originalidad. O si no veamos el «Canto del poeta decadente», con cita de Verlaine, donde nos sorprende con sus ideas y sus rimas:

He visto tus morbosas redondeces
 cinceladas en mármol de Carrara.
 Las he observado tantas, tantas veces
 que, ¡ojalá!, si pudiera las besara,

o con el encabalgamiento y la siguiente metáfora de los dos últimos versos:

¡Tú eres mi amor platónico, terrible
 Luna, yo soy Pierrot en tu presencia!

Busca el poeta el término preciso, a veces deslumbrante, como ese adjetivo *clorótico* que aplica a los pómulos de la joven anémica y pálida.

Adviértase el juego entre palabras esdrújulas y agudas:

Y aunque añoren tus pálidos pómulos
—melancólicos y cloróticos—
el pudoroso rubor de la juventud lozana
que sonrosa las mejillas,
recuerda que el Sol también
acaricia amorosamente a los jazmines.

Usa el poeta el soneto porque «sus catorce versos permiten concentrar cualquier cosa aprehensible mediante los sentidos —que no mediante la abstracción—, y además posee una musicalidad adecuada al propósito de sensibilizar al lector», nos dice en nota a sus «Cinco sonetos tonmalerei», titulados «Europa», «Roma», «Junto al Danubio», «París» y «Londres». En ellos consigue gran altura poética Juan Alcocer y una armonía y musicalidad que solo podía lograr quien, además de poeta, es pianista. He ahí los dos últimos tercetos del primero

de los sonetos, «Europa»:

¿No será aquella música lejana
—sinfonía de alpino acordeón,
estepario violín, guitarra hispana,

balcánico flautín, franco trombón,
gaita celta e itálica campana?
¿No puede ser Europa una canción?

Este libro, además de ser el primero del autor, es una firme promesa. Por eso, ante la pregunta de su soneto «Lo que vio Iván Ilich»,

Dime pronto, cochero, ¿adónde vamos:
al infierno, a la gloria... o a la NADA?,

sin duda, me atrevo a contestarle: «a la gloria», porque quien es capaz de escribir los poemas de *Miscelánea de una aspiración*, camina con pasos firmes hacia ella.

Jerónimo Anaya Flores

LA PIEDRA ESCRITA

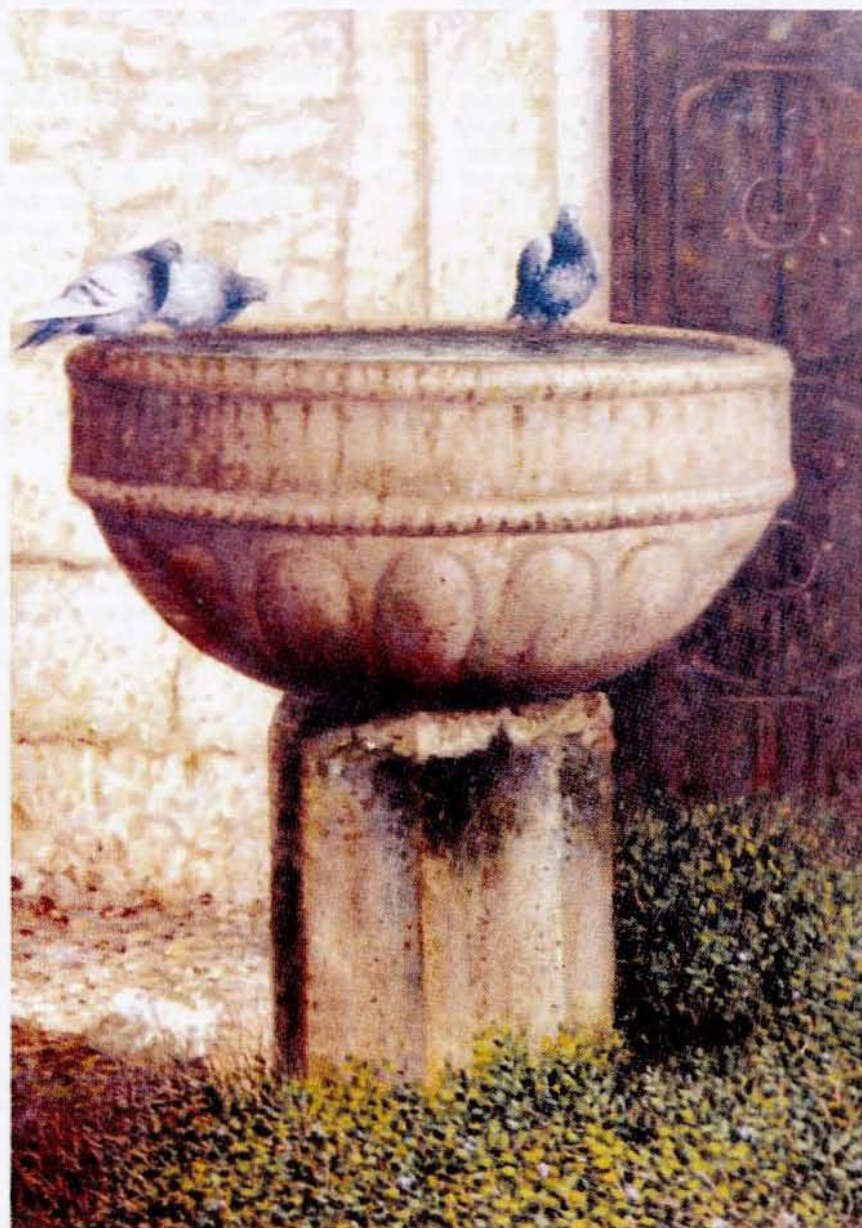
José Antonio Santano
La piedra escrita
Salobreña (Granada), Alhulia, 2000
Serie "Palabras mayores"

He aquí una arboleda de sensaciones, un poemario escrito a golpe de sentimiento, que lleva por título *La piedra escrita* y del que es autor José Antonio Santano. Una cuidada edición para un hondo libro que inicia la serie de poesía "Palabras mayores", a la que le deseamos largos años de existencia, y cuyo director es el poeta y profesor Miguel Ávila Cabezas.

Se percibe en esta poesía un intenso y extenso oficio por la palabra como respuesta esencialista. El poeta alterna la poesía con magistrales y reflexivas colaboraciones culturales en diferentes medios: revistas, prensa, radio y televisión. Entre las muchas realizaciones, yo destacaría por la cátedra sentada a nivel literario, el haber dirigido, junto al poeta y profesor de la Universidad de Córdoba, Carlos Clémentson, la revista de poesía, arte y pensamiento *Cuadernos de Iponuba*. También es miembro del Departamento de Arte y Literatura del Instituto de Estudios Almerienses de la Excm. Diputación Provincial, así como el responsable del Área de "Ciencias del Hombre", del Ateneo de Almería.

Las diferentes materias incardinadas en *La piedra escrita* conllevan un universo de evocaciones entorno al sentimiento poético. En la antecámara, la cita de Margarite Yourcenar, para el reencuentro y la luz: "Nada iguala la belleza de una inscripción votiva o funeraria latina; esas pocas palabras grabadas en piedra resumen con majestad impersonal todo lo que el mundo necesita saber de nosotros". Las distintas sendas que el poeta toma (proemio, de letras, el vuelo de los años y epílogo) confluyen en un recorrido hacia la eternidad de la memoria: "Tú en la tierra y los olvidos, único solemne, / a la espera del último tañer de campanas. / Tú, lejano, allá donde los ojos se sublevar / contra todo y nada, dominador de universos. / Tú, salvado y alegre, tangible como el espíritu. / Tú entre todo y todos, por y para siempre, eterno".

José Antonio Santano, poeta de altura como lo avalan los prestigiosos premios concedidos ("Luis Carrillo Sotomayor, "Barro de poesía", "Ciudad de Ejido", "Rosalia de Castro",...), hace, con este libro que se comenta, un singular y antológico canto al lamento en su más nívico entender. Diríamos que es una metáfora de fonéticas, un cauce de comparaciones, donde se siente el dolor y se reflexiona entono al tono (y timbre) del llanto. Tanto los recursos fonológicos, como los morfo-sintácticos y semánticos, se sustentan en la fugacidad del tiempo y en la fogosidad de la vida, en la desesperación



que se hospeda en las habitaciones del aire: "Desesperado / abrigué la esperanza, la vida / que en mí latía / y a ti en todo instante te ofreciera. / Cubrí mis ojos / con el espeso llanto del estío, / con la voz única / de tus silencios perforándome / el cuerpo en llagas / de un dolor tras otro alimentado. / Cerré las puertas / para que nada ni nadie viera, / ni siquiera tú, / el horror de una lágrima humana".

Subrayo lo que dice José R. Valles Calatrava (Universidad de Almería) en el prólogo del citado libro, sobre *La piedra escrita* de Santano, cuando apunta que "la estructura del libro está perfectamente trazada, marcando no sólo un orden textual sino una organización del propio sentimiento poético". En esa línea y en esa dirección, germina la disposición de los distintos meses donde diciembre "eterniza el latido del agua / que torpemente / golpea los enterrados mármoles, / los mausoleos / y las viejas plegarias, el nenúfar / inamovible / que el estanque adormece en su vientre" y septiembre cierra ventanas porque "a muerte sabes".

En esa espera y desesperación del tiempo brota la palabra sobre *La piedra escrita*, quebrada tantas veces por la angustia y las miserias humanas. Humanístico ahondar en el verso, en la autenticidad, desde el ingenio y la belleza: "Sumergí mis manos en tu vientre / y hallé la piedra / escrita, la voz de los sepulcros. / Vagué por tu paz / de blancos sillares cincelados / hasta sentirme / felizmente vivo en la memoria. / Qué más orgullo / cabe para el hombre que descubre / y perpetúa / en labrados mármoles su sino". Estamos, pues, ante un poemario digno de llevarse a los labios en sucesivos momentos para mejorar la dicción y comprender más. "Todo fue dicho. / En un instante y en pocas palabras". En pocas palabras, ¡cuánto dice el poeta! Y ¡qué bien lo dice! Anidemos en el alma el olmo de sus poéticas. A lo mejor cambia el mundo, el dolor del mundo, el mundo "a la luz de los silencios". Será saludable este baño (de palabras) para poder sobrellevar los duros inviernos de la soledad.

Víctor Corcoba

DEJAD PASO A LA LUZ QUE NOS DESPIERTA

Juan Alcocer Sanz
Miscelánea de una aspiración
 Ciudad Real, Imprenta provincial, 2000
 (Grupo literario «Guadiana»
 Manxa. Colección bibliográfica, 1)

La poesía de Emilio Vega Gómez (Villar de Santiago, León, 1954) ha recorrido un largo trecho. Desde su primer libro individual, *Historia de un amor imposible* (1982; segunda edición, 1994), hasta *Dejad paso a la luz que nos despierta*, su última cosecha lírica, la voz de este poeta —berciano de adopción y, por lo tanto, nuestro— se ha ido despojando de su silbo retórico en busca de la magia, que es, en definitiva *conditio sine qua non* en toda poesía que se precia. Una magia llamemósla "ambiental" o "duende" acaso, que hace que lo tópico resulte original por gracia del poeta. La magia del lenguaje, dador, al fin y al cabo, de la única herramienta —a veces celestial y siempre peligrosa— con la que cuenta el bardo. Magia de la creación, que hace que esos tópicos, comunes por lo demás a todos los poetas, devengan por el trato marchamo de identidad, es decir, propiedad del vate que los usa.

Abandonado, de algún modo a su suerte, en aras de la preeminencia del mensaje, en sus primeros libros, ya en *Dedicatoria* (1989), el lenguaje comienza a ser una de las

(pre)ocupaciones de Emilio Vega Gómez. Como también lo es el ritmo de los versos, hoy más equilibrados y de lectura, en fin, sin duda mucho más arrolladora.

Cierto que la sensibilidad y el sentimiento han sido compañeros del poeta en todas sus entregas; pero cierto también que expresión y emoción: conocimiento en suma, deben ir ensamblados en pro de una poesía que aspire, como meta legítima y aun deseable, a ser universal y, por ello, a ser única.

Todas estas aspiraciones largamente cuajadas, están en este libro de Emilio Vega Gómez. Un poemario en el que se perciben, luminosos, algunos sesgos románticos, o mejor amorosos, pero donde hallamos también poemas reflexivos y un si es no es mesiánico que nos hace al poeta un poco más cercano.

Libro que ha de marcar un punto definitivo de inflexión en la ya larga trayectoria poética de Emilio Vega Gómez, *Dejad paso a la luz que nos despierta* es, digámoslo ya, un poemario maduro. Clásico —por fortuna— en muchos de sus versos —endecasílabos y alejandrinos sobre todo—, pero también actual en lo que a las nuevas maneras de entender la poesía se refiere: empleo, aquí y allá, de un tono narrativo; y profundamente humano en su razón primordial y en su postura ética.

Antonio González-Guerrero